**Violencia y sexualidad – una escucha psicoanalítica del feminismo**

Danielle M. Breyton

Luciana Cartocci

Marcia Bozon

Maria Carolina Accioly

Tide Setubal

(Departamento de Psicoanálisis del Instituto Sedes Sapientiae – SP – Brasil)

 El grupo de trabajo e investigación “El femenino y el imaginario cultural contemporáneo”, del cual hacen parte las autoras, es coordinado por la psicoanalista Silvia Alonso y existe desde 1997 en el Departamento de Psicoanálisis del Instituto Sedes Sapientiae. A lo largo de estos años el grupo ha realizado diversas investigaciones con base en la teoría psicoanalítica y en 2017, inició una investigación sobre *los feminismos.* Dentro del ámbito de esta investigación, realizamos cuatro ruedas de conversación con grupos de diferentes edades, con una duración de dos horas cada una y con un promedio de ocho participantes, con la finalidad de escuchar, a partir de las narrativas personales, cómo aparecen los discursos sobre el feminismo. Usamos, como disparador de la conversación, una selección variada de fotos relacionadas con la figura de la mujer y con el femenino, sobre las cuales invitamos a los participantes a hablar libremente.

 Las fotos buscaron asegurar que la conversación pudiera abordar algunos temas que nos interesaba escuchar, proporcionándole a la rueda una dirección y un contorno. Al mismo tiempo, esas imágenes propiciaron una abertura suficiente para el surgimiento de narrativas personales y espontáneas.

 De esas cuatro ruedas de conversación elegimos dos que nos servirán de material clínico para el presente estudio. Una de ellas, compuesta por adolescentes (muchachos y chicas) entre 15 y 20 años. La otra, compuesta por mujeres entre 20 y 30 años. Es amplio el contenido de lo que fue tratado en las ruedas y, por esa razón, tuvimos que hacer un recorte, eligiendo trechos que nos permiten relacionar la cuestión de la violencia, la mujer y los feminismos.

 Vamos a comenzar ocupándonos de una viñeta que aborda la cuestión de la violación, relatada por una joven de 20 años a quien llamaremos Ana.

Ana: “En 2015 fui violada. Todavía es algo muy difícil de manejar, pero fue lo que me llevó al feminismo, al feminismo sucio, digámoslo así (…). Fue al final de mi primer año de facultad y yo ya participaba de un grupo de estudios de género que hay allá (…) Y fue ahí que creamos el colectivo feminista; en aquella época yo todavía no había entendido que había sido violada, porque demoré seis meses para decir: “no, yo no fui culpable de eso. Yo no le permití a nadie que invadiera mi cuerpo en aquel momento”.

 “Las personas hablan mucho de violación, la violación que las personas conocen es aquella del tipo que te agarra en la calle y te arrastra atrás de un arbusto. Es obvio que eso es una violación porque en ningún momento una consintió, pero la violación de la que no se habla es la que es hecha por un compañero, por conocidos. Ése fue mi caso, era un muchacho con el que yo estaba saliendo y yo estaba segura, dentro de mí, que había permitido aquello; entonces me culpé durante mucho tiempo. Aún teniendo ya contacto con el feminismo, fue algo muy difícil para mí de entender, como que, no, pasó conmigo también. Porque es muy fácil hablar cuando le pasa al otro, cuando se lo ve de afuera es más simple…”.

Participante: “¿Pero en qué sentido dices que hubo una violación? Tu *no, ¿*no fue escuchado? ¿No hubo un consentimiento?

Ana: “No; es que, así, durante la situación yo grité.”

Participante: “Ah! ¿Entonces fue claro?”

Ana: “No, el *no* fue claro. Fue una cuestión complicada, así, yo llegué a empujarlo con las piernas, en ese momento fue claro, tanto que después me quedé lastimada. Pero, mi cuestión era así, en algún momento, antes de eso, yo consentí; en algún momento yo debo de haber, ¿sabes?” (…)

Participante 1: Es muy loco eso. Escucho esa historia que cuentas y hay tantas mujeres que no se dan cuenta., realmente (…) hace parte del cotidiano que las mujeres sean golpeadas por sus compañeros. (…) se lo ve como natural y se espera que ellas se ocupen de las tareas domésticas, y también, como natural que las golpeen.

Participante 2: “Es en ese sentido que nos chocamos un poco también con las cuestiones de la sexualidad; cuánto no se espera de la mujer, en las relaciones sexuales, de que ceda frente al hombre, ¿toda vez que él quiere tener sexo, sabes? Pienso que eso está mucho más presente de lo que se piensa. Tal vez porque conversamos muy poco sobre nuestra sexualidad”.

 Nos interesa pensar en la complejidad de esa escena. ¿Qué le pasa a Ana para que sospeche y solamente después nomine aquella experiencia sexual y violenta como siendo una violación? ¿Cómo escuchar esa duda y las ambigüedades presentes en su discurso? ¿De qué manera interfirió el hecho de participar de un colectivo feminista para que resignificase el acontecimiento? ¿De cuántas violencias estamos hablando? ¿Cuales son los efectos del relato de Ana sobre las demás participantes de la rueda? ¿Cómo reconocer el legítimo lugar de las víctimas de violencia sin caer en el lugar desubjetivante de una victimización de la mujer? ¿Cómo producen efectos los discursos feministas en ese contexto?

 Son tantas las cuestiones que se presentan a partir de ese corto relato, que norteamos nuestro abordaje a partir de tres ejes diferentes y complementares:

- el primero es el lugar socio-histórico que la mujer ocupa en la sociedad - la sociedad patriarcal, la cultura de la violación, la mujer como mercadería y las transformaciones actuales en las relaciones de género y sus efectos;

- el segundo es el feminismo y su agenda contemporánea - el lugar de discurso de la mujer, la intersectorialidad y los efectos de los nuevos discursos feministas sobre las subjetividades (principalmente sobre la sexualidad), sus denuncias y su lucha, tanto en lo que se refiere a las potencialidades como ,también, a los riesgos;

- el tercer eje es la perspectiva psicoanalítica de la relación existente entre sexualidad y violencia – las delicadezas y sutilezas, los conflictos del deseo, las ambivalencias y las fantasías.

Volviendo a la escena de la rueda: Ana nos dice que sólo se convenció de que la relación sexual no había sido consentida, de que lo que ella vivió fue una violación, cuando compartió su vivencia con el grupo de mujeres, al mismo tiempo en que era testigo de otros relatos. Ocurre una resignificación de la escena, como habiendo sido una violación, que se da en el colectivo feminista del que participaba, y es en la rueda de conversación con nosotras, otro espacio colectivo de mujeres, donde las angustias y otros, tal vez nuevos, cuestionamientos sobre el deseo y nuevas significaciones pueden venir a luz. Estos hechos muestran la importancia y la potencia de estos espacios colectivos, fundamentales para el intercambio de experiencias y, sobre todo, para reflexionar sobre el lugar de la mujer en la sociedad.

Las luchas identitarias y los lugares de discurso conquistados por las mujeres hacen posible la percepción, el reconocimiento y la validación de denuncias de muchos actos de violencia frecuentemente naturalizados y silenciados. Éste es un fenómeno de importancia fundamental porque, como afirma Fernandez: en nuestra cultura algunas actitudes y posturas de violencia contra la mujer se tornan invisibles. El mecanismo psíquico de la negación es utilizado para que ocurra una naturalización del abuso, o aún su propia autorización, de manera que algunos aspectos importantes de las teorías sobre la sexualidad muchas veces racionalizan y mantienen la esencia del lugar socio-sexual de la mujer. Esto ocurrió con el propio psicoanálisis que, si por un lado amplió la comprensión de la sexualidad humana a partir de la sexualidad infantil perversa-polimorfa y de las pulsiones parciales, por el otro, encontramos en la teoría freudiana y post-freudiana algunos puntos que merecen una mirada más crítica, así como una discusión constante y una reformulación teórica. Es posible cuestionar si algunas lecturas del psicoanálisis no acabaron contribuyendo para un vaciamiento de la problematización, o aún para el propio encubrimiento de los efectos abusivos de las relaciones de poder en la relación entre hombres y mujeres.

Fernandez va más a fondo en esa cuestión, explicando cómo el patriarcado y sus dispositivos biopolíticos de acción cotidiana producen una fuerza de inferiorización de las mujeres y de las sexualidades fuera de la hétero-normatividad. Es en este punto, en el cual las diferencias se esencializan, que ellas se transforman en desigualdades. Las diferencias socio-históricas en la construcción del lugar de hombre y de mujer producen diferentes modos de objetivación y de subjetivación. Hay, por consiguiente, una asimetría generada socio-históricamente y no una esencia masculina o femenina. Diferencias que se construyen a partir de un juego de poder y de subordinación que acaban favoreciendo la naturalización de la violencia y del abuso.

Entremezclada con la violencia sexual existe una violencia implícita en las relaciones cotidianas, que afecta a las posibilidades de realización personal, a los pactos conyugales, a la erotización femenina y a los discursos dominantes en los cuales, muchas veces, la mujer ocupa un lugar negativo. En ese sentido, la educación, las informaciones difundidas por los medios, las prácticas médicas y psicológicas, pueden reforzar esa imagen del femenino y, de esa forma, producir y justificar violencias, dificultando la transformación del lugar social de la mujer. En el caso de la mujer negra la situación es todavía más grave y compleja, porque, aparte de tratarse aquí de dos lugares socialmente desvalorizados (género y etnia), en la mayoría de las veces existe el agravante de una condición de pobreza, lo que la coloca como base de una pirámide social en la cual el hombre blanco y heterosexual ocupa la cima. Esta condición extremamente desfavorable es responsable por un proceso social de desubjetivación de la mujer negra, como se puede escuchar en el discurso de Bia, de 19 años, que vive en la perifería de la ciudad de San Pablo y que participó de la rueda de adolescentes:

 “Para mí, la cultura de la violación va mucho más allá del consentimiento o no, porque existen relacionamientos en los que se piensa que se lo está haciendo por amor, y en realidad, fue todo un proceso de mucha violencia, de creer que una precisa hacerlo para poder tenerlo al otro, para no quedarse sola, que es lo que la persona te hace pensar, y una consiente. Pero acaba siendo: queriéndolo o no; es una violación porque una acaba consintiendo por miedo, no porque quería aquello. Yo, desde chica, siendo considerada una mulatita típica, siempre fui vista como un pedazo de carne. Yo no soy una persona para enamorar, soy una persona a la que se puede agarrar porque soy la mulatita.”

El discurso de Bia nos invita a reflexionar sobre las implicaciones de la condición de acentuada inferiorización social de la mujer negra, tanto en el ámbito psíquico como en el sociopolítico, ampliando las posibilidades de pensar cómo se entrecruzan los modos de opresión de la mujer. El lugar de la mujer negra, a veces aún dentro del mismo movimiento feminista - que acabó articulándose durante mucho tiempo alrededor de un discurso basado principalmente en la lógica de la mujer blanca - fue un lugar de invisibilidad y de silencio. Es eso, seguramente, lo que está en el origen de la reivindicación de un feminismo negro que legitime un lugar de discurso, afirmando una condición de sujeto político.

En su pronunciamiento, ¿“Y yo no soy una mujer?”, proferido en la Convención de Derechos de las Mujeres en Ohio, en 1851, Sojourner Truth, una ex esclava, destacaba ya la cuestión referente a las diferencias radicales en la lucha de las mujeres negras pues, mientras que las mujeres blancas luchaban por el derecho al voto y al trabajo, las mujeres negras lo hacían para ser consideradas personas.

El feminismo negro es, con toda seguridad, un tema importantísimo de ser abordado con más profundidad, pero, en este momento, para las reflexiones a las que nos proponemos en este trabajo, nos interesa analizar las semejanzas existentes entre lo que Ana y Bia dicen, por lo que muestran de una violencia básica, una violencia cotidiana que contribuye o determina que el deseo femenino se mantenga a la sombra del deseo masculino. En esa línea de pensar lo que hay en común, Virginie Despentes escribe: “la violación es un acto aglutinador, que conecta a todas las clases sociales, edades, cuerpos y personalidades” (Despentes, V. 2006, p.29).

Los relatos de Ana y de Bia nos convocan a pensar tanto en la cuestión de la violación, como en el lugar cultural de la mujer frente al hombre. En ese sentido, Dunker afirma que “La cultura de la violación es inseparable de la teoría de la mujer como propiedad, sea de un padre, de un hombre, de una institución, de un discurso. (…) La posesión del deseo del otro es el problema fundamental de la cultura de la violación”.

Para desarrollar el análisis de la construcción del lugar social, político, subjetivo y sexual de la mujer abordaremos dos textos publicados en 1975, “El tráfico de mujeres”, de la antropóloga Gayle Rubin, y “El mercado de mujeres”, de la psicoanalista Luce Irigaray. Ambas parten de los escritos de Freud, Lévy-Strauss y Marx para hacer una reflexión sobre la estructuración social, cultural y simbólica regida por las leyes de parentesco, fundamentalmente por la regla de la prohibición del incesto, que determina prohibiciones y modos de trueque de mujeres entre hombres. A partir de este postulado, las autoras piensan de qué manera las mujeres acaban por no ocupar el lugar de sujetos del propio deseo y sí de mercadería de uso y de trueque.

Irigaray afirma que “como mercaderías, las mujeres son, por esa razón, dos cosas al mismo tiempo: objetos de utilidad y portadoras de valor” (p.196). Como portadoras de valor aparecen como continente negro, algo enigmático donde el valor es atribuido tomando como referencia el deseo y el interés de los hombres, no su propio deseo.

Retomando la escena relatada por Ana, vemos cómo, por un lado, fue en el colectivo feminista donde ella pudo, por primera vez, compartir su historia, ser escuchada y formular la idea de que, tal vez, no haya consentido el acto sexual con aquel muchacho y que haya vivido, entonces, una violación, por más que sea difícil, como dice, emplear la palabra violación en su propia historia. Es interesante percibir cómo, por otro lado, en la rueda de conversación sostenida con la escucha psicoanalítica, retornan las cuestiones de Ana sobre lo sucedido. La ambigüedad de la escena y de su discurso aparecen con toda fuerza en los repetitivos “nos” presentes en lo que dice: “No, el *no* fue claro”, casi tratando de convencernos, o mejor, de convencerse de que su experiencia no le trajo conflictos y dudas. Sin embargo, su discurso cargado de vacilación, interrogaciones, algunas más explícitas que otras, presentes en la falta de clareza de la escena, en las reafirmaciones de los “nos”, o aún, en la insistencia de las participantes para entender si se trató o no de una violación, marcan cuán compleja y profunda es la superposición de temas como sexualidad y violencia.

En ese sentido, cuando la violación no se trata del ataque de un desconocido, cuando ocurre con conocidos, familiares, compañeros, hace surgir el conflicto de los deseos de la mujer y del hombre. Y es importante pensar también en qué lugar la cultura de la violación coloca al hombre. Como dice Virginie Despentes, “Por tras del velo del control de la sexualidad femenina aparece el objetivo principal de esta política: formar el carácter viril como no social, pulsional, brutal. Es la violación la que sirve como medio para afirmar esa constatación: el deseo del hombre es más fuerte que él, el hombre no puede dominarlo.” (p.42)

Los movimientos feministas compuestos por discursos de empoderamiento femenino, junto con los discursos de reconocimiento de la mujer en el lugar de víctima de la violencia de género, han provocado efectos intensos y, a veces, contradictorios. Si, por un lado, un discurso sobre la mujer la reconoce como sujeto de su cuerpo y de su deseo, por el otro, en la legítima necesidad de denunciar semejante violencia, muchos discursos pueden reforzar un lugar objetificado e infantilizado, o sea, cosificado y pasivo, de la posición femenina.

El relato de una violación en la rueda de conversaciones hizo posible la emergencia de esa conflictiva: reconocer y legitimar la narrativa de la violencia sufrida y, al mismo tiempo, abrir un espacio para que las participantes del grupo se interrogasen más en relación con la sexualidad, su deseo, sus practicas sexuales, (lugar de sujeto). “Tal vez conversemos muy poco sobre nuestra sexualidad”, concluye sensatamente una de las participantes de la rueda, a partir de toda la discusión que el relato de Ana provocó.

La apropiación por parte de las mujeres de un lugar de discurso, con insistencia, perseverancia y compañerismo, fue tomando cuerpo y presencia y es, hoy en día, inevitable en el debate público. Eso se dio, a lo largo del tiempo, a través de diferentes ondas del movimiento feminista. En movimientos recientes, intensificados por las redes sociales, como #metoo o #meuprimeiroassédio, las mujeres se autorizan a comenzar a pensar, cuestionar y hablar sobre la violencia sufrida y muchas veces silenciada o tornada invisible. Y lo que nos parece fundamental: “Estas transformaciones que permitieron posicionamientos más activos en algunas mujeres, efectuaron una transición de la mujer hacia posicionamientos con un mayor registro de reconocimiento de sus propios deseos.” (Fernandez, Lógicas Sexuales, p.67)

En la onda actual del feminismo, el tema de la sexualidad es central y se fortaleció con las denuncias de violencia cotidiana a que se ven sometidas las mujeres en su relación con los hombres. El número de violaciones y feminicidios es impresionante: de acuerdo con el último atlas de la violencia del IPEA, en Brasil ocurren 5 mil feminicidios y 50 mil violaciones registradas por año, lo que sólo puede ser el resultado de un cotidiano de violencia que precisa ser reconocido, tratado y reprimido. Por otro lado, ¿cómo no dejar de traer al debate la violencia, inherente al campo de la sexualidad, sin temer debilitar o fragilizar, con eso, ese movimiento tan importante?

La propuesta aquí es de sumar y no de oponerse. Sumar en el sentido de poder pensar más la sexualidad y, especialmente la sexualidad femenina, potencializando el movimiento de empoderamiento subjetivo y la obtención de libertad.

El dispositivo de la rueda de conversación coordinado por psicoanalistas y orientado por la escucha de los aspectos inconscientes de las narrativas, permite avanzar para más allá de un refuerzo identitario, al que otros colectivos se proponen. Retomemos algunos dichos en la rueda de conversación: “violación es una palabra muy fuerte para aplicarla a nuestra historia”, “se espera que la mujer ceda cada vez que el tipo quiere tener sexo”, “estaba segura de que yo había consentido”, “me culpé”, “en aquella situación yo grité”, “lo empujé con las piernas, me quedé lastimada”, “no, el *no* fue claro”. Como movimiento del grupo es interesante notar que, ante la duda que permanecía presente a pesar de la nominación de violación, el grupo se puso a hablar de las mujeres que son golpeadas y de la importancia de las denuncias. Pero, la vulnerabilidad permanecía y acabó desencadenando otra formulación: “conversamos muy poco sobre nuestra sexualidad”.

¿Cómo incluir en el debate el campo del deseo, que puede o no coincidir con la voluntad y que guarda siempre un aspecto conflictivo inconsciente? ¿Cómo avanzar en la desnaturalización de determinadas atribuciones, como la de que los hombres obligatoriamente desean sexo y las mujeres no tanto, así como que las mujeres desean hijos y los hombres no tanto? ¿Estamos dispuestos a redistribuir fuerzas y fragilidades? ¿Estamos dispuestos a encontrar hombres más inseguros y no obligatoriamente exitosos en sus desempeños? ¿Estamos dispuestos a encontrar mujeres que no quieren ser madres y madres sin una disponibilidad absoluta para dedicarse a los hijos?

Llama la atención el hecho de que en la rueda se hagan referencias a ceder, consentir o negarse al deseo del hombre, no habiendo ninguna referencia al deseo de la propia mujer, a no ser por la forma negativa: “no quería”, y “no hablamos sobre nuestra sexualidad”. ¿Estaríamos ampliando las posibilidades de afirmación del deseo de las mujeres, explicitando cómo funciona su sexualidad, qué les da placer, cómo, adónde… o estamos solamente ampliando la posibilidad de las mujeres decir “no” a un deseo que permanece identificado con el masculino?

La erotización es el gran amalgama civilizatoria, es lo que permite abrirse al otro, buscarlo, mezclarse, perderse. Hablar por sí mismo y denunciar aquello que se vive como violento y opresor es fundamental para que se pueda continuar a construir arreglos más placenteros. Pero, en el terreno de la sexualidad, cabe recordar que elegir es diferente de controlar.

¿Escuchamos, en la clínica psicoanalítica, el conflicto del deseo, “Será que quiero?” es la pregunta que insiste, mezclada con afectos ambivalentes. ¿Cómo darles un lugar y una legitimación a los trastornos y a las desestabilizaciones que la sexualidad implica inevitablemente, esa sensación de pérdida del control y hasta, de displacer, que se experimenta en las intensificaciones afectivas y en las demandas corporales? ¿Cómo valorizar el conflicto sin atribuirle el significado seguro de una falta de deseo? ¿Cómo progresar en los avances actuales sin perder esto de vista? ¿Cómo no confundir la necesaria posibilidad de decir no (y de hacerse oír y respetar), con la difícil tarea de asumir determinados riesgos a los que el deseo nos expone? Ya que, en el ejercicio de una sexualidad más libre, estos dos movimientos son fundamentales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

Despintes, Virginie. Teoria King Kong. 2006/2018?

Dunker, Christian. A Fantasia do estupro e a Cultura do estupro, Página B, 2018.

Fernandez, Ana Maria. Las lógicas sexuales: amor, política y violências. 2012

Irigaray, Lucy. *O mercado das mulheres (1975)*. IN Este sexo que não é só sexo. São Paulo: Editora Senac São Paulo, 2017.

Rubin, Gayle. *O tráfico de mulheres (1975).* IN Políticas do sexo. São Paulo: Ubu Editora, 2017.